

## EL COLECCIONISTA DE FLECHAS



EL  
COLECCIONISTA  
DE FLECHAS

Cristian Perfumo

Edición: Trini Segundo Yagüe

Diseño de tapa: Pablo Rodríguez - <http://finderdesign.info/>

Foto de tapa (puente): Jorge Combina - <https://www.facebook.com/jorge.combina>

[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)

© Cristian Perfumo, 2017

Primera edición: julio de 2017

*A vos, querido lector.  
Me hace feliz saber que estás del otro lado de la página.*



## CAPÍTULO 1

—Acá, mirá. Apuntale directo al corazón —le dije a Manuel—. Que el disparo le entre justo al lado del esternón.

Apoyé el índice enfundado en un guante de látex sobre la camiseta de Boca manchada con sangre. Debajo de la tela, sentí el kevlar blando del chaleco antibalas del policía alto y musculoso que llevaba veinte minutos de pie en la posición que le habíamos indicado. Manuel corrigió un poco la trayectoria y el punto rojo del láser se detuvo sobre la punta de mi dedo.

—Así, perfecto. No lo muevas más. Y vos por favor quedate ahí, que ya falta poco —le dije al policía, que asintió con gesto serio.

—Esta noche hay mucho viento. Tenemos que hacerlo bien coordinados. Cuento hasta tres y vos tirás, ¿lista? —me preguntó Manuel.

—Lista —dije sacándome del bolsillo el tubito de plástico.

—Uno. Dos. Tres.

Sacudí el tubito delante del policía y una nube de talco reveló la trayectoria roja del láser. Oí la cámara de Manuel disparando una ráfaga de fotos.

—¡Che, avisen! —gritó la jueza Delia Echeverría exagerando una tos ronca. El viento había transportado el talco directamente a su cara y a la del médico forense. Ambos charlaban retirados a unos cinco metros del policía con la camiseta de Boca.

—Esta está buenísima —dijo Manuel mostrándome una de las fotografías. En la pantalla de la cámara, un láser rojo unía con una línea perfectamente recta el pecho del policía con el portón de rejas de hierro desde el que creíamos que el agresor había tirado.

—Perfecta —coincidí—. Con esto queda bastante claro que

el disparo tuvo que haber venido de detrás del portón. Si no, no da el ángulo. Es probable que la reja estuviera cerrada y le dispararan desde afuera.

—¿Qué más hago? —preguntó Manuel.

—Repitámoslo, pero ahora con él arrodillado —indiqué, señalando al policía que tenía puesta la camiseta de Boca con la que había muerto Mario Pérez. En silencio, el suboficial de un metro ochenta y tres, la misma altura que la víctima, se arrodilló frente a nosotros—. Luis dice que según la autopsia la bala entró por el pecho pero salió mucho más abajo, cerca de la cadera. Lo más probable es que estuviera de rodillas y le dispararan desde arriba.

Después de quince minutos de más talco y fotos dimos por concluida la reconstrucción y empezamos a guardar todo nuestro equipo en maletines. De las casas vecinas se asomaban cabecitas que se replegaban al leer la palabra CRIMINALÍSTICA en la espalda de nuestros chalecos.

—¿Qué hacés después de acá? —me preguntó Manuel mientras plegaba el trípode en el que había montado el láser.

—Me vuelvo al juzgado a escribir el informe.

—Pero son las diez de la noche.

—Tiene que estar listo para mañana —dije en voz baja señalando a la jueza, que hablaba con el médico forense sobre los órganos que había destruido el disparo.

—¿Te vas a quedar toda la noche escribiéndolo?

—Si me lleva toda la noche, sí.

—Si querés te ayudo, y si no terminamos muy tarde nos podemos ir a tomar algo. ¿Hacemos trato? —preguntó Manuel extendiéndome una mano para que se la estrechara. Todavía llevaba puesto un guante de látex azul.

—Te agradezco, pero estoy cansadísima. Apenas termine el informe, en lo único que voy a poder pensar es en dormir.

Me quedé un instante en silencio sopesando si no habría sido muy cruel con Manuel. Era un compañero de trabajo de esos que uno quiere llevarse a la mesita de luz porque es bueno y siempre dispuesto a ayudar, pero como hombre no me atraía en absoluto. Y yo intentaba hacérselo saber de la manera



menos hiriente posible.

Por suerte, me interrumpió la vibración del teléfono en mi bolsillo.

—Hola.

—Licenciada Badía, soy el sargento Debarnot. ¿Está muy ocupada?

—Estoy haciendo la pericia con láser del caso Pérez. Ya estamos por terminar. ¿Pasó algo?

—Un homicidio en la calle Estrada. Acabo de entrar a la vivienda y confirmarlo. Varón, unos treinta y cinco años.

—No toquen absolutamente nada, que ya salgo para allá. ¿Estrada cuánto es la dirección?

—Mil cuatrocientos veintitrés. La casa grande de piedra frente a la Escuela Número 5.

Al oír aquello se me cerró la boca del estómago.

—¿La casa que era de Garrido?

—Sí.

—Mierda.

—¿Disculpe, licenciada? —preguntó Debarnot del otro lado del teléfono.

—Ehh... no, nada. ¿La víctima tiene pelo negro y corto, con algunas canas?

—Sí. Estoy casi seguro de que es el dueño de Impekable, el negocio de artículos de limpieza. ¿Quiere que le revise los bolsillos para ver si encuentro alguna identificación?

—No, no toquen nada que ya salgo para allá.

No me hacía falta que me dijeran quién era la víctima. Yo sabía perfectamente que se llamaba Julio Ortega. Lo sabía porque había sido mi novio en la secundaria, y porque hacía dos meses habíamos pasado la noche juntos en la casa donde lo acababan de encontrar muerto.

## CAPÍTULO 2

Afuera de la construcción de piedra sobre la calle Estrada, el vehículo personal del comisario Lamuedra estaba estacionado entre dos patrulleros.

Saludé a los dos policías que custodiaban la puerta abierta de la casa. Uno de ellos, regordete y vestido de civil, era Debarnot, el que me había avisado por teléfono. Entré mirando a mi alrededor.

—¿Cómo andás, Laurita? —me saludó Lamuedra plantándome un beso en la mejilla.

—Bien, comisario. ¿Y usted?

—Y... me están haciendo laburar después de las diez de la noche. Podría estar mejor. El cuerpo está en el comedor. Vení, pasá. Y cuidado con eso.

Demasiado tarde. Antes de que el comisario terminara de hablar, di el primer paso hacia el interior de la casa y oí un crujido. Me había parado sobre una pila de vidrios rotos debajo de la ventana del recibidor, junto a la puerta. Mi pie rozaba una escoba de cerdas de plástico que seguramente la policía había usado para amontonar los cristales.

—¿Quién barrió los vidrios? Te dije por teléfono que no tocaran nada, Debarnot. ¿No saben que así podríamos perder huellas digitales?

—La escoba ya estaba ahí cuando descubrieron el cuerpo. Nadie tocó nada... hasta ahora —agregó mirando mi pie.

—¿Entraron por acá? —pregunté, señalando la ventana cubierta por una gruesa cortina roja.

Lamuedra negó con la cabeza y apartó la tela. La ventana que daba a la calle tenía los postigos cerrados y el cristal intacto.

—¿Y entonces de dónde salieron estos vidrios?

—Acá la licenciada en Criminalística sos vos —me respondió el comisario encogiéndose de hombros. Con un movimiento de cabeza me hizo señas para que lo siguiera y nos adentramos en la casa.

El pasillo que comunicaba el recibidor con el comedor había cambiado desde mi visita hacía dos meses. En la pared ya no había ninguna de las fotos de Julio con su novia en el glaciario, en Buzios o en las cataratas. Sí estaban colgadas las dos en las que Julio salía solo en Buenos Aires, una frente al Obelisco y otra en la cancha de River.

En el comedor, los policías habían encendido todas las luces. Al contrario de las escenas del crimen oscuras de las películas, las de la vida real se iluminan al máximo para entender mejor la historia que cuentan el cuerpo y los objetos que lo rodean. Así y todo no logré ver ningún cuerpo, sino únicamente muebles: una mesa ovalada con seis sillas de madera maciza y un sofá beige de espaldas al resto de la habitación, apuntando hacia la enorme televisión en la pared. Los mismos muebles que hacía dos meses.

El comisario señaló el sofá y me hizo señas de que lo siguiera. A medida que lo rodeamos, se revelaron los pies enfundados en náuticos beige, luego el pantalón azul, la camisa blanca y por último la cabeza de Julio. Tenía los ojos abiertos y la cara desfigurada a golpes. El cuerpo estaba en posición fetal, con las manos entre las rodillas y acostado sobre el lado izquierdo. Probablemente había adoptado esa postura a raíz del dolor y el instinto de proteger sus órganos vitales ante el ataque.

—¿Quién lo descubrió? —pregunté apartando la mirada.

—Lo encontró Debarnot, de casualidad —dijo el comisario señalando con el pulgar la puerta de entrada—. No estaba de servicio. Pasaba con su auto particular y le extrañó ver la puerta abierta una noche de tanto viento y frío. Se paró a esperar un rato, y como no vio movimiento, entró.

—¿No tocó nada?

—No, Laurita, no tocó nada —respondió el comisario en tono condescendiente.

Me arrodillé en un rincón de la habitación y abrí en el suelo el maletín que había traído conmigo. Me calcé un par de guantes de látex y respiré hondo varias veces simulando observar con detenimiento todos los detalles del comedor. Cuando pude juntar el coraje suficiente, me puse en cuclillas junto al cuerpo de mi novio de la adolescencia y reciente «toco y me voy» de una noche.

La cara estaba cubierta de cortes y magulladuras, como la de un boxeador al final de una pelea. Al levantarle el labio superior noté que le faltaban los dos dientes de adelante. Las salpicaduras de sangre en la camisa blanca revelaban todo tipo de patrones, desde gotas gordas rodando pecho abajo hasta finos esprays esparcidos con cada golpe.

Sus manos estaban completamente teñidas de rojo. Al examinarlas de cerca noté que en el dorso de cada una había una pequeña herida circular. Con tanta sangre, resultaba imposible determinar qué las había causado. Seguramente el forense lo aclararía durante la autopsia.

Saqué mi cámara de fotos del maletín y tomé planos cortos del cuerpo desde diferentes ángulos. También hice varias tomas de la cara y las manos. Luego me alejé para capturar la escena entera.

Detrás del sofá, a un costado de la mesa ovalada, un mueble enorme de otro tiempo dejaba ver en su interior una colección de copas de vino y vasos de whisky. Sus vidrios estaban intactos. Revisé todas las ventanas de la casa pero no fui capaz de encontrar el origen de los cristales rotos barridos en el recibidor.

—Acá hay más sangre —gritó Debarnot desde el pasillo por el que habíamos entrado.

Encontré al sargento agachado, uno de sus dedos regordetes apuntaba a una mancha ocre junto al zócalo. Por el patrón circular con pequeñas manchitas alrededor, era una gota que había caído de una altura considerable. Teniendo en cuenta que estaba lejos del cuerpo, lo más probable era que se hubiera desprendido de las manos ensangrentadas del atacante mientras huía. O quizás Julio, en un intento por defenderse,

había logrado herir un poco a su asesino.

Le saqué varias fotos a la gota y luego la toqué con un hisopo de punta de algodón. Estaba completamente seca. La raspé con la hoja de una navaja y recolecté las escamas marrones en un pequeño tubo para analizarlas en el laboratorio. Aunque revisamos al milímetro el resto de la casa, fuimos incapaces de encontrar más sangre.

Saqué algunas fotos más del cadáver y luego di la orden de que llamaran a los bomberos para que lo trasladaran a la morgue. Mientras esperábamos, volví a los vidrios rotos junto a la puerta de entrada, debajo de la ventana intacta. De mi maletín saqué una caja con bolsas de plástico de esas para congelar comida y fui guardando una a una todas las esquirlas. Conté más de cincuenta.

El único mueble del pequeño *hall* de entrada era un armarito esquinero con puerta de vidrio, también impecable. Me agaché para asegurarme que no hubiera quedado alguna esquirla debajo. Efectivamente, algo me devolvió el destello de la linterna.

Tanteé con la mano enfundada en látex hasta dar con un objeto que me pareció demasiado irregular para tratarse de un trozo de vidrio. Al ponerlo sobre mi palma descubrí que se trataba de una punta de flecha de unos cinco centímetros de largo.

Era una pieza preciosa. Tenía forma de lágrima y descomponía la luz de mi linterna en reflejos tornasolados como los del interior de un mejillón. Jamás había visto una de ese color. Los tehuelches, el pueblo originario de esa zona de la Patagonia, las hacían ocres, amarillas, negras, blancas, verdes y hasta transparentes. Pero de ese tono iridiscente yo no había visto nunca.

## CAPÍTULO 3

Entré al juzgado y me quité el abrigo mientras caminaba hacia mi laboratorio. Abrí la puerta y, desde el umbral, lo tiré sobre una silla. Volví al pasillo y subí las escaleras de dos en dos. Al girar a la derecha, ahí estaba, como todas las mañanas, Isabel Moreno con la vista pegada a su teléfono.

—Llegás tarde —me dijo con una sonrisa.

—¿Ah, sí? No me digas.

—Ya están todos adentro.

Con una de sus uñas larguísimas, pintadas de fucsia, señaló la puerta de madera que daba al despacho de la jueza.

—Momentito. ¿Adónde vas? —dijo a mis espaldas, alzando la voz.

—¿No te parece obvio? Hay una reunión sobre un caso, yo tengo que estar en esa reunión, voy a la reunión. Si querés te hago un croquis para que lo entiendas.

—No podés pasar sin que te anuncie primero. Para algo la jueza tiene una secretaria, ¿no te parece?

Así era cada puta vez que hablaba con Isabel Moreno. En mi cabeza, me refería a ella como “la harpía”, aunque nunca comenté con nadie aquel apodo. Era una mujer cuarentona que llevaba más de veinte años trabajando de administrativa en el juzgado. De hecho, era la empleada más antigua. Y esa antigüedad, según su forma de ver, le otorgaba derechos que no estaban escritos en ningún lado.

—No hace falta que me anuncies. Me están esperando —apunté.

—¿Me vas a decir cómo tengo que hacer mi trabajo?

El hecho que un hombre la hubiera dejado por mí hacía dos años tampoco ayudaba mucho a nuestra relación.

—No me jodas, Isabel, que es muy temprano —dije y abrí

la puerta del despacho.

\*\*\*

—¡Por fin! —exclamó la jueza Delia Echeverría levantando la vista de unos papeles.

—Buen día, perdón por la demora —dije ofreciendo una sonrisa forzada a ella y a los dos hombres sentados al otro lado de su escritorio: el comisario Lamuedra y el sargento Debarnot, la persona que había descubierto el cadáver de Julio Ortega.

Un ventanal enorme le daba a la jueza una vista maravillosa de la ría, que oscilaba entre el gris plomizo y el turquesa dependiendo del cielo, el viento y la marea. Aquella mañana el agua era de color azul oscuro y se movía con fuerza hacia el oeste con la marea subiente.

Del otro lado de la ría, la margen sur se extendía hasta el horizonte completamente deshabitada. La única construcción a la vista era una casa abandonada que en otro tiempo había pertenecido al finado pescador Ceferino Cafa. Menos de un kilómetro hacia el oeste, una enorme roca volcánica en forma de «Y» a la que llamábamos Piedra Toba se erguía desafiando a la gravedad.

Al ver que no había más sillas libres, el comisario Lamuedra hizo un ademán de levantarse para cederme la suya. Yo insistí en que no era necesario y me senté sobre una enorme caja fuerte de hierro junto a la ventana, debajo de un cuadro que contenía, aunque yo no sabía de qué manera, la combinación para abrir el mecanismo de seguridad.

—El sargento acababa de empezar a contarnos cómo se encontró el cuerpo. Comience de nuevo, así la licenciada Badía está al tanto.

Debarnot asintió con un gesto solemne.

—Ayer a la tarde me tocaba una recorrida a pie con el cabo primero Vilchez por la zona vieja del pueblo.

—Donde está la casa de Ortega.

—Sí. Serían las dieciséis quince cuando salimos a la calle. Aproximadamente a las dieciséis treinta pasamos por delante de la casa de Ortega y observamos que la puerta estaba abierta.

Lo recuerdo perfectamente porque hicimos unas bromas sobre el frío que haría dentro de la casa.

A pesar de que no llegaba a los treinta años, Debarnot hablaba siempre con esa seriedad férrea de los policías de antes. Aquellos modismos y palabras no las había aprendido en la academia de policía, sino en su propia casa. Su padre, el oficial Debarnot, había llegado a comisario en los años ochenta y, treinta años después, los policías de Puerto Deseado todavía contaban historias sobre su sentido de la justicia y falta de miedo a la mano dura.

—¿Y no fueron capaces de golpear para ver si todo estaba bien? —preguntó Lamuedra—. En media hora más iba a estar completamente oscuro, ¿no le parece sospechoso que alguien deje la puerta abierta en pleno invierno?

—No, la verdad es que no se nos pasó por la cabeza.

—Si hubiera golpeado —dijo Lamuedra, pero dejó la frase colgando tras un ademán conciliador de la jueza.

—De eso no me puede echar la culpa, comisario.

Aquella contestación le hubiera costado caro a cualquier otro suboficial. Pero dentro de la comisaría, Mariano Debarnot había logrado un lugar privilegiado. Llevar ese apellido le permitía moverse con comodidad a un lado y a otro del velo no tan invisible que separaba a oficiales y suboficiales en cualquier fuerza armada.

—Siga, por favor —intervino Echeverría.

—A la noche, cuando terminó mi turno, me fui a jugar al fútbol. Tenemos un equipo con varios compañeros de la comisaría y estamos participando en un torneo. A la salida del partido, pasé por la casa de Ortega. Supongo que en el fondo sí que me había parecido raro lo de la puerta, porque volví.

—Y seguía abierta —arriesgué.

—Exactamente. Y hacía ya cinco horas que estaba oscuro. Con lo fría que estaba la noche, era imposible que no hubiera pasado algo raro.

—¿Esto a qué hora fue?

—El partido terminó a las diez, así que habrá sido a las diez y veinte. Estacioné el auto frente a la casa y golpeé la



puerta abierta varias veces antes de entrar.

Debarnot tomó aire antes de seguir hablando. Su voz era firme y su expresión, dura. Parecía concentrado en demostrar al comisario y a la jueza que era lo suficientemente valiente para no verse afectado por el horror con el que se había encontrado.

—Cuando ingresé a la vivienda, descubrí el cuerpo de Ortega.

—¿Y ahí fue cuando avisó a la comisaría?

—Sí. Inmediatamente después de tomarle el pulso y comprobar que estaba muerto.

—¿Y registró el resto de la casa?

—No, porque no tenía el arma de servicio conmigo. El atacante podía seguir allí.

—Ahora sabemos que no es así —apunté—. La sangre llevaba varias horas coagulada. Además, la puerta estaba abierta desde hacía al menos cinco horas.

—Eso es fácil decirlo ahora, pero en ese momento el suboficial lo ignoraba —intercedió la jueza.

Debarnot siguió hablando como si no hubiera registrado el cable que le acababa de tirar Echeverría. No supe si lo hizo para restarle importancia y no hacerme quedar mal delante de la jueza o por no admitir que había tenido miedo de registrar la casa.

—El resto, ustedes ya lo saben. Diez minutos más tarde estábamos los cuatro en ese comedor.

## CAPÍTULO 4

La jueza agradeció a Debarnot y el comisario le dijo que volviera a sus funciones. Cuando nos quedamos los tres solos en el despacho, Echeverría habló dirigiéndose a mí pero mirando a Lamuedra.

—Con el comisario queremos que te encargues vos de este caso, Laura.

—Por supuesto, ya mismo me voy para el laboratorio a analizar la evidencia.

—No me refiero a eso. Bueno, no *solamente* a eso.

—No entiendo —agregué, aunque lo entendía perfectamente.

—Queremos que uses tus dos trajes. El de licenciada en Criminalística para analizar la evidencia y el de policía para tomar declaración a los testigos, preguntar a los vecinos, ya sabés, ese tipo de cosas.

—Pero hace ya casi tres años que no hago trabajo de policía.

El comisario soltó un soplido.

—¿Realmente hace falta que te recuerde que sos policía y que estás a préstamo en el laboratorio forense del juzgado? «A préstamo» —recalcó.

—¿Pero por qué en este caso? —pregunté, cuando en realidad lo que quería preguntar era por qué justo en el caso en que la víctima había tenido relaciones conmigo hacía apenas dos meses.

—Porque sos lo mejor que tenemos en la comisaría en este momento.

Lo primero que me vino a la mente fue inventarme una excusa. Una mentira que dejara claro que yo no tenía que estar al frente de ese caso. Pero quedaría de lo más sospechoso que

cualquier oficial desaprovechara una oportunidad así. Y más aún yo, que además de policía era criminóloga. No, no había mentira posible. Si quería zafar, tenía que decirles la verdad. Explicarles el conflicto de intereses que me impedía actuar y punto. Entonces sí que me apartarían de la investigación por completo.

Pero, ¿quería zafar? ¿Quería quedarme viendo este caso, que prometía ser uno de los más interesantes de los últimos años, desde el banco de suplentes?

—Además —agregó Lamuedra—, el pelotudo del oficial Ruiz se acaba de quebrar la tibia y el peroné jugando al fútbol, y la inspectora Peláez está de licencia por maternidad.

—Me alegra saber que me llaman porque no les queda más remedio.

—¿Pero a vos no hay nada que te venga bien? —rugió el comisario—. Si te pido que trabajes de vuelta en la comisaría te calentás, y si no te lo pido, también te calentás.

Antes de que pudiera contestarle, golpearon la puerta del despacho. Era Manuel Locane, el técnico del juzgado, que nos saludó con un ademán y ocupó la silla en la que había estado Debarnot cinco minutos atrás.

—Locane, la licenciada Badía se pondrá al hombro la investigación —zanjó la jueza, que se había mantenido al margen de mi discusión con Lamuedra—. ¿Qué sabemos de la víctima?

—Desde anoche hasta ahora solo tengo la información que pude sacar de internet —dijo Manuel abriendo una *laptop* sobre el escritorio—. Sobre todo redes sociales. Hay que confirmarla y ampliarla hablando con gente.

El técnico se pasó una mano por la cabeza afeitada, como acomodándose una melena imaginaria. Luego tecleó a la velocidad de la luz.

—Julio Ortega. Argentino, 43 años. Dueño de Impekable, el negocio ese que está en la calle Sarmiento. Vende artículos de limpieza. Supongo que últimamente no le estaría yendo muy bien porque en Facebook tenía decenas de publicaciones de ofertas por liquidación. Parece que a la tienda no le quedaba

mucho tiempo de vida.

—¿Soltero? —preguntó Lamuedra.

—Sí. Según su perfil de Facebook estaba en una relación con Noelia Guillón. Parece que llevaban años juntos.

—¿Ya le avisaron a la novia? —pregunté, dándoles la espalda y fingiendo prestar atención al cuadro sobre la caja fuerte.

La pintura representaba un bar donde los parroquianos no eran personas sino números con pequeños brazos y piernas. Mi preferido era un ocho con sombrero mexicano, acodado en la barra junto a un vasito de tequila. Desde el día en que oí una conversación que no debí haber oído, siempre que miraba el cuadro me preguntaba cuál era exactamente la relación que guardaban esos números con la combinación que abría la cerradura un metro más abajo.

—No, porque no es familiar directo —dijo Echeverría—. Si fuera la esposa sería distinto.

—Parece que Noelia Guillón está de viaje —intervino Manuel—. Hace tres días que no para de publicar fotos de las cataratas del Iguazú en las redes sociales.

—¿Y con quién sale en las fotos? —preguntó Lamuedra.

—Sola.

—Bueno, la licenciada Badía se va a encargar de contactarla para avisarle.

—Pero no es familiar directo —repliqué, haciendo eco de las palabras de la jueza.

—Eso quiere decir que no estamos obligados a avisarle, pero pongamos un poco de sentido común. Es mejor que se entere por nosotros que de cualquier otra forma. ¿No le parece, señora jueza?

—De acuerdo —dijo Echeverría—. Avisale vos, Laura.

Asentí con la cabeza tres veces, y acompañé cada movimiento repitiendo mentalmente la misma palabra. Mierda.

—¿Entonces qué familiares saben que Ortega está muerto? —preguntó Lamuedra.

—No fuimos capaces de encontrar familiares directos —respondió la jueza—. Pusimos un anuncio en la radio

preguntando, seguramente esta mañana empiecen a transmitirlo.

—Sus padres murieron cuando él era muy joven —agregué.

—¿Y eso vos cómo lo sabés?

—Cuando yo iba a la secundaria, Ortega era una especie de *sex symbol* del pueblo. El chico rebelde de veintilargos con el que soñaban todas las adolescentes. Y en un pueblo de este tamaño, la mayoría de sus admiradoras se sabían su biografía bastante bien.

—¿Y vos eras una de esas admiradoras? —preguntó Manuel.

—¿Qué más sabe de Ortega, Badía? —preguntó Lamuedra.

—No mucho más —respondí y un nudo me apretó el estómago por ocultar información a mis jefes directos. Si se enteraban de nuestro noviazgo fugaz en la adolescencia no pasaría nada, pero si llegaban a descubrir la historia de hacía dos meses...

—Parece que le gustaba bastante la buena vida —agregó Manuel, interrumpiendo mis pensamientos—. Subía fotos de las cervezas importadas, whiskys y vinos que tomaba. Además, yo diría que era aficionado al juego. En su perfil hay publicaciones de puntajes obtenidos en varias aplicaciones de apuestas. También colgaba fotos posando en la puerta de cada uno de los casinos que visitaba. Mar del Plata, Puerto Madero, Comodoro, Madryn y, lógicamente, el de Puerto Deseado.

—Ese es un buen lugar para empezar a buscar. Sobre todo si su relación con el juego era patológica. Badía, quiero que averigües si Ortega le debía dinero a alguien.

Asentí algo confundida. Aunque el hedonismo de Julio no me tomaba por sorpresa, ignoraba por completo su faceta timbera.

—¿Algo más? —preguntó la jueza mirándonos a los tres.

—Hay algo que no me cierra de esa escoba y los vidrios en la entrada de la casa —intervine—. No hay ninguna ventana, ni cuadros, ni puertas rotas. ¿De dónde salieron?

—Puede que no tengan nada que ver con el caso. A lo

mejor se rompió algo y Ortega lo estaba barriendo cuando entraron a atacarlo.

—Sí, pero ¿qué es lo que se rompió? ¿De dónde salieron todas esas esquiras? También es curiosa la punta de flecha que encontré debajo del armarito.

—Si te parece relevante investigalo, Laura. Te repito, estás a cargo —zanjó la jueza dando por terminada la reunión.

Lo primero que hice al salir del despacho fue abrir Facebook en mi teléfono y cancelar mi amistad con Julio Ortega. Lo segundo fue ubicar a Debarnot y decirle que le transfería la responsabilidad de notificar el fallecimiento a la novia de la víctima. Esgrimí que como había sido él quien descubrió el cadáver, era la forma más sensible de actuar. Intentó persuadirme de que lo hiciera yo, pero insistí y al final aceptó a regañadientes.

En otra situación, le habría puesto los puntos sobre las íes. Como la vez que le dije al cabo Ramírez que si tenía problemas aceptando órdenes de una mujer, yo me ofrecía a prestarle plata para que se comprara un pasaje al siglo XXI. Pero con Debarnot no se me ocurrió nada ni la mitad de original.

Solo me importaba no tener que ser yo quien le diera la noticia a la novia de Julio.

## CAPÍTULO 5

La puerta de mi laboratorio en el juzgado se abrió tan de repente que el pedazo de vidrio que tenía en la mano se me cayó sobre la mesa de acero inoxidable, partiéndose en dos. Era Manuel.

—¿No te enseñaron a golpear a vos, nene?

—Perdoname, no quise... —dijo, pero sus palabras se detuvieron cuando lo ojos se posaron en la mesa sobre la que yo llevaba inclinada más de una hora—. Vos debés ser buena para los rompecabezas.

Después de pasarles el polvo para revelar huellas dactilares a cada uno de los trozos de vidrio —terminaron siendo cincuenta y tres—, los había dispuesto sobre la mesa y había logrado reconstruir un rectángulo de sesenta centímetros por cuarenta. Como en los rompecabezas reales, había empezado por los bordes, y ahora me faltaba la parte más difícil: descubrir dónde iban las piezas del centro. Aunque eso ya no era tan crítico. Lo importante para mí eran las dimensiones del vidrio original.

—Veo que descubriste algunas huellas —dijo Manuel señalando los trozos de vidrio manchados de polvo negro.

—Sí, hay varias. Muchas de ellas parecen ser de Ortega, pero también hay otras que no. Estas cuatro en uno de los costados, por ejemplo —dije señalando los rectángulos transparentes que había dejado la cinta adhesiva en el polvo al levantar las huellas.

—¿Y ya sabés de dónde salió el vidrio? —preguntó Manuel.

—Ni idea.

En su cara se dibujó una sonrisa de labios pegados. Luego se metió una mano en el bolsillo del *jean* y sacó el teléfono de

Julio, que yo le había dado para analizar.

—Acá tengo la respuesta. No me digas que no me merezco que salgamos una noche a tomar algo. Sesenta y nueve, sesenta y nueve.

—¿Qué?

—Es el código nuevo que le puse al teléfono.

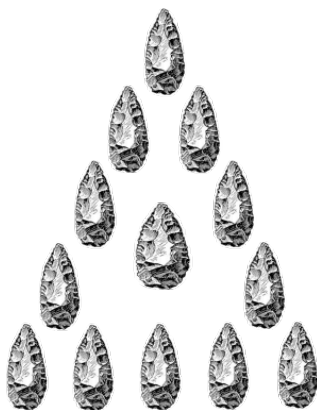
—Decime que encontraste algo y que vale la pena aguantarte —dije riendo.

—Claro que encontré algo. Si no, no vendría a molestarla, licenciada.

Manuel ingresó el código en el teléfono y me mostró una foto en la pequeña pantalla. En ella se veía un cuadro hecho con puntas de flecha sobre un fondo de terciopelo rojo. Yo había visto muchos así. En la Patagonia había miles de aficionados a buscar flechas talladas por los tehuelches, y una de las formas favoritas de exhibirlas era en cuadros como el que había en esa fotografía.

En este caso, las flechas estaban dispuestas en forma de un triángulo de doce piezas —cinco por lado— en cuyo centro había una punta algo más ancha que las demás.

Hice *zoom* en la pantalla y examiné las flechas una por una. Eran trece en total y todas tenían la misma forma de lágrima y la misma tonalidad tornasolada que la que yo había encontrado en la escena del crimen.





El reflejo en un rincón del cuadro demostraba que las piezas estaban protegidas con un vidrio. Estimé que tenía aproximadamente las mismas dimensiones que el que yo estaba reconstruyendo sobre mi mesa.

—Esto se lo tenemos que mostrar a la jueza —dije.

—Llegás tarde. Ya se lo mostré.

—¿Y qué dijo?

—Que le va a mandar la foto a un amigo arqueólogo de Buenos Aires, aunque yo no creo que por ahí lleguemos a nada.

—Yo tampoco —dije.

No podía haber estado más equivocada.

CONTINUAR LEYENDO  
«El coleccionista de flechas»

Querido lector,

¿Qué tal? ¿Te está gustando la historia? Espero que sí.

Para conseguir tu ejemplar de «El coleccionista de flechas», visitá la web:

[www.cristianperfumo.com/leccionista](http://www.cristianperfumo.com/leccionista)

Si tenés cualquier duda, podés escribirme a:

[cristian@cristianperfumo.com](mailto:cristian@cristianperfumo.com)

¡Un abrazo!

Cristian

## Más novelas de Cristian Perfumo

### EL SECRETO SUMERGIDO

Marcelo, un joven buzo aficionado, busca en las aguas heladas de la Patagonia el lugar exacto del hundimiento de la Swift, una corbeta británica del siglo XVIII. Cuando la persona que más sabe del naufragio en todo el país aparece asesinada con un mensaje extraño en el regazo, Marcelo descubre que su inocente pasatiempo constituye una amenaza enorme para cierta gente. No sabe a quién se enfrenta, pero sí que compete con ellos por reflotar un secreto que, después de dos siglos bajo el mar, podría cambiar la historia de aquella parte remota del planeta. Encontrarlo será difícil. Seguir con vida, aún más.



**Basada en una historia real. ¡Miles de ejemplares vendidos en todo el mundo!**

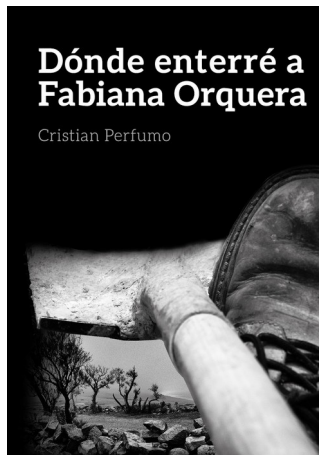
[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)

# DÓNDE ENTERRÉ A FABIANA ORQUERA

**Verano de 1983:** En una casa de campo de la Patagonia, a quince kilómetros del vecino más próximo, uno de los candidatos a intendente de Puerto Deseado despierta tirado en el suelo. No tiene ni un rasguño, pero su pecho está empapado en sangre y junto a él hay un cuchillo. Desesperado, se levanta y busca a su amante por toda la casa. Viajaron allí para pasar un fin de semana juntos sin tener que esconderse de los ojos del pueblo. Todavía no sabe que ya nunca volverá a verla. Ni que la sangre que le moja el pecho tampoco es de ella.

**Hoy:** Nahuel ha pasado casi todos los veranos de su vida en esa casa. Por casualidad, un día encuentra una vieja carta cuyo autor anónimo confiesa haber matado a la amante del candidato. El asesino deja planteada una serie de enigmas que, de ser resueltos, prometen revelar su identidad y la ubicación del cuerpo. Entusiasmado, Nahuel comienza a descifrar las pistas pero pronto descubre que, incluso después de treinta años, hay quienes prefieren que nunca se sepa la verdad sobre uno de los misterios más intrincados de aquella inhóspita parte del mundo.

**¿Qué pasó con Fabiana Orquera?**



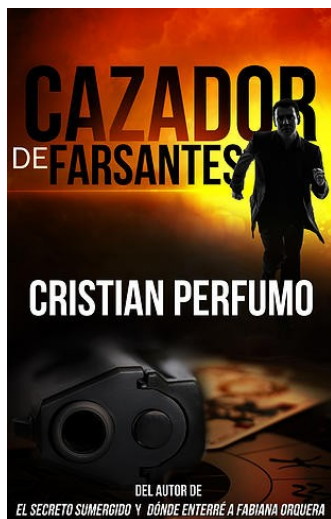
[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)

## CAZADOR DE FARSANTES

“Si estás viendo esto, es porque estoy muerto”, dice a la cámara el periodista Javier Gondar pocas horas antes de que le peguen un balazo en la cabeza. En el video, Gondar señala como culpable de su asesinato al Cacique de San Julián, uno de los curanderos más famosos de la Patagonia.

Tras una experiencia difícil, Ricardo Varela se inicia en un extraño hobby: filmar con cámara oculta a chamanes y brujos de su ciudad y exponer sus trucos en Internet. No sabe si existe la brujería, ni le interesa demasiado. De lo que sí está seguro es que su ciudad está llena de farsantes sin escrúpulos dispuestos a prometer salud, dinero y amor a cualquiera que quiera creer. Y pagar.

Para Ricardo, enfrentarse al Cacique es la única forma de cerrar una herida que lleva dos años abierta. Sabe que tendrá que poner en riesgo su vida, y no le importa. Lo que no se imagina es que ese brujo no es más que el primer eslabón de una macabra trama que lleva años cobrándose vidas en nombre de la fe.



[www.cristianperfumo.com](http://www.cristianperfumo.com)